

*La falsa
sirvienta*

La falsa sirvienta

Originally published in English under the title:

A Proper Charade

© 2020 Esther Hatch

Spanish translation © 2022 Libros de Seda, S.L.

Published under license from Covenant, Inc.

ALL RIGHTS RESERVED. No part of this work may be reproduced in any form or by any means without permission in writing from the publisher.

© de la traducción: Irene Muñoz Serulla

© de esta edición: Libros de Seda, S.L.

Estación de Chamartín s/n, 1ª planta

28036 Madrid

www.librosdeseda.com

www.facebook.com/librosdesedaeditorial

@librosdeseda

info@librosdeseda.com

Diseño de cubierta: Nèlia Creixell

Maquetación: Rasgo Audaz

Imagen de cubierta: © Pedro Fernández Fernández

Primera edición: septiembre de 2022

Depósito legal: M-XX.XXX-2022

ISBN: 978-84-17626-85-3

Impreso en España – Printed in Spain

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase al editor o a CEDRO (www.cedro.org).

E S T H E R H A T C H

*La falsa
sirvienta*

Libros de
seda

*«Lo que llamamos rosa,
olería tan dulcemente con cualquier otro nombre».*

WILLIAM SHAKESPEARE,
Romeo y Julieta



Capítulo 1



—PERO ¿QUÉ LE HAS HECHO a tu vestido? —La voz profunda de Nicholas y su oscura sombra eclipsaron la alegre luz que centelleaba entre las ramas de los árboles, por encima de Patience.

Ollie se levantó de un salto hacia él, cosa que no fue una buena idea, pues Patience había estado usando su cálido pecho como almohada.

Traidor.

Se le hundió la cabeza entre el barro y la hojarasca, ensuciándose ya no solo el vestido, sino toda ella. Se sentó en el suelo. No tenía duda de que su hermano daría con ella en el peor momento, justo cuando más se estuviera divirtiendo. *Ollie* se movía alrededor de Nicholas con la esperanza de llamar su atención, pero su reciente deslealtad no lo estaba ayudando. Ni siquiera intentó acariciarle la cabeza, que le llegaba a la cintura; *Olympus* era el gran danés más gigantesco que Patience había visto en su vida. Su hermano podría haberle dado unas palmaditas de bienvenida sin dificultad.

Se sacudió unas hojas del pelo y se encogió de hombros, intentando parecer despreocupada. Nicholas había estado muy raro

desde que su madre llegó a casa, así que Patience no sabía nunca con qué estado de ánimo encontraría exactamente a su hermano.

—El sol brilla, hermano. ¿Sabes cuánto tiempo hace que no tenemos un día soleado?

Los oscuros ojos marrones del joven recorrieron el jardín, como si fuera la primera vez que lo veía. Por un momento pareció que meditaba una respuesta. ¿Por qué no querría pasar la tarde al aire libre? Para ella, ese rincón bajo el roble que había plantado su tatarabuelo, el segundo duque de Harrington, era el lugar idóneo para disfrutar de la comodidad y comprensión que solo *Ollie* le proporcionaba. Durante los dos últimos años había venido aquí para escapar de la quietud de un hogar vacío. Resultaba irónico que, desde que su madre había vuelto a casa, necesitara escapar del ruido. ¿Cómo podía una mujer cantar durante tantas horas al día?

—¿Insinúas que los rayos del sol te han rasgado el vestido y te han arrastrado por el barro?

Si su hermano no podía entender cómo la atraía el sol, tampoco podría entender su necesidad de buscar consuelo junto a *Ollie*.

Se puso en pie y se palmeó la cadera.

—*Ollie*, ven.

No podía soportar que estuviera pendiente de Nicholas.

El perro se acercó con rapidez. Le puso la mano en la cabeza y él se inclinó hacia ella. Inmediatamente se sintió en paz. No importaba lo que su hermano pudiera pensar de ella. Siempre tendría a *Ollie*.

—Estaba terminando mi paseo matutino.

—¿Con *Olympus*? —preguntó Nicholas, frunciendo el ceño.

—Nadie sería más apropiado.

—Vuelve dentro y cámbiate de ropa —respondió, negando con la cabeza.

—Tú tampoco quieres estar ahí dentro con nuestra madre —protestó Patience, pero emprendió el camino de vuelta a su

hogar, la propiedad que tenían en Londres. Ella prefería estar en el campo, pero, desde que murió su padre, su hermano necesitaba pasar la mayor parte del tiempo en la ciudad—. Seguro que tus deberes como duque de Harrington pueden esperar una tarde.

—Pensaba que era un paseo matutino.

—Sí, pero creo que tú necesitas toda una tarde.

Casi habían llegado a la puerta trasera. El falso vibrato de su madre se coló por la rendija. Para ser una mujer que adoraba cantar, no es que se le diera muy bien. Nicholas se pasó las manos por la cara.

—No, lo que necesito es una hermana con un mínimo de decencia.

Patience frenó en seco. ¿Qué la esperaba ahí dentro? ¿Una madre distraída y un hermano que solo sabía criticarla? Fuera estaban el sol y *Ollie*.

—Patience...

La joven cruzó el umbral y entró en su grandioso hogar. Iba lo bastante sucia como para que Nicholas prefiriera usar la entrada de servicio. La cocinera y Rebeca estaban limpiando las verduras. Le sonrieron, pero, al darse cuenta de que Nicholas estaba detrás de ella, se secaron las manos con premura y se escabulleron en dirección a la despensa. Al parecer, nadie quería estar cerca cuando el duque se mostraba disgustado con su hermana. Patience suspiró y se apoyó en el marco de la puerta, poco dispuesta a renunciar a una tarde agradable.

—Cada día te pareces más a nuestra madre —murmuró su hermano tras empujarla con suavidad. No pudo oír lo que último que decía, pero sí le llegó—: ... huyendo de las responsabilidades.

¿Qué responsabilidades? Deseaba tener alguna. En realidad, no tenía nada que hacer. Al menos fuera podría disfrutar de la cálida luz del sol, y *Ollie* estaría junto a ella pasara lo que pasase.

Suspiró. No conseguiría cambiar a su hermano. No había sido muy divertido mientras su madre estuvo en París, y ahora que esta había regresado, la vida se había vuelto más insoportable todavía. ¿Era culpa suya que su madre no pudiera soportar el duelo?

Su mano seguía en la puerta. Podía notar el calor que irradiaba, recordándole el sol que la esperaba si volvía al jardín. Nicholas iba delante de ella, de camino, sin duda, a su estudio. Se escabulló con rapidez, cerrando la puerta tras de sí y dejando a su hermano en la lúgubre casa, donde prefería pasar el tiempo.

—¡Patience! —rugió él desde el otro lado de la puerta, pero ya estaba lo bastante lejos como para que el sonido llegara amortiguado.

Cada vez que pronunciaba su nombre de aquel modo, le gustaba fingir que su hermano se recordaba a sí mismo que debía tener paciencia con ella. Extendió los brazos y dio una vuelta sobre sí misma, disfrutando de la sensación de libertad. Tomaría todo el sol posible. Ese calor era vida, y no había tenido mucha desde que su padre falleciera.

Ollie corrió a su lado, contento de que hubiera vuelto tan rápido.

Se volvió al oír que la puerta se abría con brusquedad. Nicholas estaba furioso. Tenía el rostro enrojecido y las fosas nasales dilatadas.

No era propio de él.

Si ella fuera cualquier otra persona, estaría asustada. Su hermano era alto y corpulento, y además estaba muy acostumbrado a salirse con la suya.

—¿Acabas de cerrarme la puerta en las narices?

—Acabo de cerrar la puerta, pero es difícil especificar si la he cerrado en tus narices. Pensé que ibas a tu estudio.

Oh, no, ahora arqueaba las cejas. Dio un pisotón hacia ella, pero Patience se mantuvo firme. Podía sacarle más de treinta

centímetros, pero seguía siendo su hermano, y nunca le haría daño. Criticarla en todo lo posible, sin duda, pero hacerle daño, jamás.

—Vas a ser presentada en sociedad dentro de dos meses. No eres tan joven como la mayoría de las debutantes y, sin embargo, sigues actuando como si fueras una niña. Corriendo de un lado para otro, sin importarte la carga de trabajo extra que les das a los criados. Sin respetar la autoridad.

—¿Tu autoridad? —Él era solo tres años mayor que ella. Intentó no reírse. Con veintitrés años, era uno de los nobles más jóvenes del Parlamento. Dudaba que muchos de sus colegas lo tomaran en serio.

—Sí, mi autoridad. Soy el duque de Harrington. Toda Inglaterra acepta mi autoridad.

Patience arqueó una ceja.

Su reacción fue inmediata. Toda su fanfarronería desapareció. Hundido, se tapó la cara con las manos. Tras un instante de silencio, dejó caer los brazos.

—No engaño a nadie. Ni siquiera puedo conseguir que mi hermana me escuche.

Deshizo el camino recorrido, dejándola en el jardín.

Ollie le golpeó el muslo, esperando que volviera a correr con él, pero ella ya no tenía ganas de jugar. Había ganado. Nicholas la había dejado tranquila. Entonces, ¿por qué se sentía derrotada?

Fue corriendo tras él para alcanzarlo. Los guijarros del camino crujían bajo sus pies. Agarró la cálida mano de su hermano para detenerlo.

—Quédate conmigo un rato. Deja al menos que el sol te caliente la ropa antes de seguir revisando tus papeles.

Nicholas se aferró a su mano y se volvió a mirarla.

—No puedo.

—¿Ni siquiera un minuto?

—No espero que lo entiendas: eres una dama nacida entre privilegios. No tienes que preocuparte por las manchas de tus vestidos o por los descosidos; los criados lo arreglarán. Nadie ha dependido nunca de ti, ni has tenido un trabajo que hacer; además, pasarás de una vida llena de lujos aquí a otra, en la casa de tu marido. Igual que madre. Vete. —Le estrechó la mano antes de soltarla—. Ve a disfrutar del sol. ¿Quién sabe cuánto durará? Eres de las pocas personas de Inglaterra que no tiene que madurar si no quiere.

¿Disfrutar del sol? El calor del ambiente no era nada en comparación con el que le invadía el pecho. ¿De verdad su hermano tenía tan mala opinión de ella? ¿Por algo sobre lo que ella no tenía control alguno? ¿Solo por ser mujer? ¿Por su posición en la vida? Salvo por los rizos incontrolables y la boca ancha, no se parecía en nada a su madre. Había permanecido allí, sin discutir, cada minuto de los dos años de luto: Nicholas y ella habían decidido prolongar el período de luto para compensar la falta de decoro de su madre, que no lo había respetado ni un mes. Que Patience pudiera mostrarse feliz de vez en cuando no quería decir que no fuera capaz de estar lo bastante apenada cuando las circunstancias lo requerían.

—Naciste con tantos privilegios como yo, Nicholas. Incluso más.

Él permaneció en sus trece. El brillo en sus ojos revelaba que estaba ansioso por enfrentarse a ella.

—Sí, pero me gusta pensar que mi tiempo en el ejército me curó de todas esas frivolidades, tal como padre esperaba. Tú no tendrás esa oportunidad.

—¿Así que has renunciado a convertirme en una persona decente? —El sol ya no le parecía tan cálido y brillante. ¿Cómo podía pensar su hermano algo tan terrible sobre ella?

—He renunciado a enseñarte a serlo. Serás la persona que tú decidas ser. No tengo control sobre ello.

—¿Tan mala soy que necesito cambiar por completo? —Le temblaba la voz; trató de recuperar la ira que había sentido instantes atrás. Sabía que decepcionaba a su hermano con frecuencia, pero no imaginaba que fuera para tanto.

Nicholas se encogió de hombros.

—No es que seas mala. Es que creo que podrías ser mucho más que lo que la sociedad espera de ti, una dama bonita y cándida. Lo sé porque yo era igual. No cambiaría el tiempo que pasé en el ejército por nada. Lo único que lamento es no haber podido ver más a padre a lo largo de esos años. Pero tú no puedes vivir algo así..., ojalá pudieras. A menudo me pregunto si nuestra madre habría sido diferente si hubiera tenido la oportunidad de trabajar, aunque fuera por unos meses.

Patience respiró hondo. Estaba arremetiendo contra su madre, no contra ella.

—Los dos sabemos que no soy como mamá.

Ella había vuelto renovada y feliz después de su estancia en Francia, entusiasmada con los preparativos para la presentación en sociedad de Patience. Nunca mencionaba a su marido fallecido ni se había disculpado por abandonar a sus hijos cuando más la necesitaban.

Nicholas escarbó el suelo con la punta del zapato y luego levantó la cabeza, mostrando una vaga sonrisa.

—No, claro que no. —La sonrisa era forzada. Ella la conocía: era la que usaba cada vez que su madre aparecía donde él se encontraba. No era una sonrisa de felicidad—. Tenías razón: hace un día muy agradable. Gracias por haberme sacado del estudio, aunque haya sido por un breve instante. No volveré a molestarte.

Abrió la puerta con cuidado y entró de nuevo en la casa. Patience se quedó sola. El sol seguía calentándole la espalda, pero el corazón se le había enfriado. Su hermano se había rendido con ella. Le había visto hacer lo mismo con su madre. Nunca le hablaba,



a no ser que ella le hiciera una pregunta directa, pero sus respuestas eran sucintas. Patience era una decepción para él y seguiría siéndolo el resto de su vida. Sentía una fuerte presión en el pecho, pero trató de no pensar en ello. Avanzó con firmeza y abrió la puerta de golpe.

—Podría aprender, Nicholas. No tengo por qué ser siempre así.

Era capaz de hablar en serio. No es que le agradara mucho; después de todo, podía ver que la seriedad no le había reportado alegrías a su hermano.

Nicholas seguía en la cocina, apoyado en la encimera y con la cabeza hundida en el pecho.

—No, Patience. He sido demasiado indulgente contigo mientras madre estaba ausente. Pero ¿sabes qué? No pasa nada. No tienes que comportarte como yo quiera. Serás más feliz que yo sin saber que ahí fuera hay un mundo sombrío que te devoraría en una sola tarde soleada. Fíjate en madre. No ha dejado de cantar desde que volvió. —Una nota aguda y alegre llegó desde la sala de música, como si quisiera confirmar sus palabras. Patience no entendía la letra, pero no parecía el canto melancólico que se podría esperar de una viuda.

Una sensación de calma se apoderó de ella; irguió los hombros.

—Soy más fuerte de lo que crees, Nicholas.

—Puede, pero ¿cuándo vas a tener una oportunidad para demostrarlo?

¿Cuándo podría demostrarlo? Su hermano era frustrante en extremo, pero casi siempre tenía razón. No podía salir al mundo y tener las experiencias que él había tenido. Podía intentar llegar a ser una de las damas de la reina Victoria, pero no le gustaba la política, y parecía que eso era un requisito imprescindible para optar al puesto. Además, la vida de la corte no era precisamente la adecuada para demostrarle a Nicholas que no era una irresponsable,

o que estaba lista para afrontar dificultades. Sabía que era una persona fuerte, pero ¿cómo podría demostrárselo a él? Su única idea pasaba por quedarse en casa y no complicar la vida de nadie más de la cuenta. ¿La ayudaría eso?

—Puedo probarlo ahora. Ayudaré a Rebeca en sus tareas.

—Ella nunca dejaría que trabajaras de verdad, lo sabes de sobra.

Otra vez tenía razón. Rebeca jamás permitiría que Patience se ensuciara las manos. Sí, su vestido estaba manchado, pero solo porque había estado divirtiéndose. ¿Y, por ejemplo, sacudir una alfombra o vaciar cubos de agua sucia? Imposible. Nunca podría hacerlo en aquella casa.

Tendría que ir a un lugar en el que nadie la conociera. Tenía que encontrar una familia de confianza, que no abusara de los criados, pero que esperara que hicieran todas sus tareas a diario. Una familia que su hermano respetara. De esa forma podría mostrarle sus capacidades.

—Serviré bajo el mando del general Woodsworth, como hiciste tú.

Nicholas volvió a llevarse la mano a la frente.

—Eres una mujer. Ninguna mujer soltera, sea de la clase que sea, podría unirse al ejército. No hay mujeres en el ejército. Lo que dices no es posible, y solo prueba lo ingenua que eres si crees que esa es una opción.

—No me refiero a servir en el ejército. Serviré en su casa.

—¿Cómo que...? —Tomó aire y lo soltó con lentitud—. ¿Qué trabajo te ofrecería en su casa? No tiene ningún sentido.

—Seré una criada.

Nicholas se rio, y aquella risa le hizo recordar que no la oía desde hacía años. Recordaba que antes le gustaba, pero esa no era una risa alegre: era pura burla.

—¿Crees que no soy capaz?



Nicholas se apartó de la encimera y se acercó a su hermana. Se irguió ante ella de una manera que había debido de aprender en el ejército.

—Sé que no puedes, y no solo porque carezcas de todas las habilidades que se le exigen a una criada.

—¿Cómo puedo adquirirlas si no me convierto en una?

—No eres una criada. —Se inclinó sobre ella—. Eres la hija del duque de Harrington.

Patience se inclinó también hacia él, apuntándole al pecho con el dedo.

—Seamos precisos... soy la hermana del duque de Harrington.

—En cualquier caso, ¡es imposible! Además, no durarías ni un día como criada.

—Sí que duraría. Podría estar dos años enteros, el mismo tiempo que tú estuviste en el ejército. —Se clavó las uñas en la palma de la mano. Estaba harta de que la subestimara—. Y después volvería siendo tan estirada como tú, y con el corazón igual de duro que el tuyo.

—¿Por qué discutimos por esto? Es ridículo. No tiene sentido. ¿Por qué siempre terminamos hablando de semejantes cosas? Lo único que quiero es que aprendas a respetar el trabajo que otros tienen que hacer por tu falta de consideración.

—Bueno. Eso podría aprenderlo en un mes. No necesitaría dos años, como tú.

—¡Basta ya! En realidad, no tienes que cambiar, ni mucho menos. Procuraré no volver a hablar sobre el general Woodsworth. Las mujeres no tenéis ese tipo de oportunidades. No tiene sentido que lo siga lamentando: no se puede hacer nada para cambiarlo.

—Se puede. Envíame a la casa del general con una carta de recomendación. Con una carta tuya, me contratarían. Trabajaré allí un mes, solo eso. Salvo por los cantos de nuestra madre, la casa se quedará tranquila y tú tendrás, por fin, algo de paz.

Cuando vuelva no seré tan descuidada con mis cosas como dices y dejaré de ser tan desconsiderada contigo.

Nicholas resopló y se apartó de ella.

—Dejando de lado todos los motivos por los que ese plan no funcionaría, ¿de verdad crees que podría, con total honestidad, recomendarte como criada?

Patience se irguió tanto como pudo. No se dejaría intimidar por un hombre que había pasado horas cazando ranas con ella cuando eran niños.

—Entonces lo haré sin tu carta, si crees que escribirla te perjudicaría. Encontraré la forma de entrar en esa casa y te demostraré que no solo puedo trabajar allí durante un mes, sino que regresaré con una carta de recomendación suya para mostrártela.

—Ni lo sueñes.

—¿Cómo que no? Ya lo verás. —Él no podía controlar su mente.

—Jamás lo permitiré...

—No necesito que lo hagas.

—¡Aléjate del general Woodsworth! Es uno de los hombres más respetados de toda Inglaterra. No voy a permitir que arruines mi reputación.

—Perfecto, porque no lo haré.

—Promételo. Sé que no romperías tu promesa... No me gusta esa mirada. Lo último que necesito es dedicarme a perseguir a mi hermana fugitiva.

Era demasiado tarde: Patience ya había tomado una decisión. Puede que le llevara un tiempo ponerla en marcha sin que Nicholas se diera cuenta de sus planes, pero estaba resuelta a lograrlo. Entraría como criada en la casa del general. Una emoción desconocida le inundó el pecho. Después de dos años de vestir de negro y estar atrapada en casa, por fin tenía una aventura a la vista. Y cuanto más pensaba en ello, más convencida estaba de que le hacía falta. No quería pasar, como una ingenua, de la casa

de su hermano a la de un marido estirado, sin saber qué más había en el mundo. Conocía lo suficiente a la familia Woodsworth como para saber que no había ningún otro lugar en todo Londres en el que pudiera estar más segura. Nadie plantaba cara al general. Sin duda, la casa estaría dirigida con la misma firmeza que sus hombres.

—Lo prometo —respondió.

—Gracias, Patience. —Nicholas respiró tranquilo—. Sé que eres incapaz de mentir. Olvida que hemos tenido esta conversación.

Patience no pensaba olvidarla. Eso sería una mentira y, como su hermano había dicho, ella nunca mentía. Por suerte para ella, Nicholas no se daba cuenta de que lo único que le había prometido era que no arruinaría su reputación ante el general. ¿Cómo podría hacerlo si iba a trazar un plan que nada tenía que ver con su hermano? Nadie en la casa Woodsworth sabría que era la hermana del duque de Harrington.

Echaría de menos la entrañable compañía de *Ollie* cuando la necesitara, pero, salvo eso, no se le ocurría nada más que fuera a echar de menos. Por fin iba a escapar de la prisión en la que se había convertido su hogar.